

cados y recargadas imágenes. Literatura y no, como aspiraba en este primer ensayo, aproximación o acercamiento. Viciosa, porque repite terca-mente giros y matices corrompiendo la prosa y, por momentos, se ahíta en el deleite inocuo de confeccionar frases y circunloquios.

En medio de todo este desgranar y urdir palabras, saltan como fuegos de artificio acertadas reflexiones, críticas a la pereza colectiva o al arte de relumbrón pasajero. Análisis breves que entre la plaga verbal (o las malas palabras, como "involucración", pág. 19) logran transmitir un pensamiento, pero menudea el golpeteo persistente de un afán lírico que estorba y enreda, que los escasos y arbitrarios ingredientes historiográficos no alcanzan a contrarrestar.

La diversidad de temas tratados muestran la amplia variedad de inquietudes del autor. Omar Rayo, Manolo Millarés, Grosz, Diseño y Sociedad, Benjamín de la Calle, Nadar, Darío Jiménez, Mompo. La lista es larga y parece querer mostrarnos, por una parte, la condición del erudito, capaz de aprestigiarse haciendo referencias de pasada, listas de apellidos y alusiones a tesis, hiladas con opiniones y algunos hechos. Por otra, que "hacer literatura" confiere, sin más trámites, licencia para escribir de cualquier cosa de la manera que el antojo dicte. El resultado final, acaso, se asemeja a una impostura.

Quien en 1960 clamaba contra las aproximaciones literarias (pág. 13), o en 1967 pregonaba que había renunciado a iniciar su carrera de crítico en Colombia por un acentuado sentido del rigor personal (pág. 23), termina ejerciendo —paradoja del destino— precisamente lo que quería combatir.

Sería muy fatigoso referirse a cada ensayo para separar el trigo de la cizaña, y no es esta la tarea de una reseña. Mencionemos que los textos que resultan más evocadores, extinguido el fragor del momento que los suscitó, son los referidos a exposiciones, bienales y salones. A su vez, los más logrados dentro del peculiar método del autor son "Colombia: la generación de 1950", "Benjamín de la Calle: el rostro singular" y "Darío Jiménez: la provincia del alcohol".

Los hay hostigantes, por el ampuloso citar nombres de autores. Los hay breves como un chiste. Los hay que conservan el herrumbre de las cosas viejas y la retórica de moda de cada época en que fueron escritos. Un tono intimista no está ausente de los artículos; por momentos, Ruiz Gómez devanea y rumia consigo mismo, como si el lector fuera un súbdito obligado a desentrañar las secretas claves de un oráculo para acceder, al final, a la quintaesencia.

Mucha preocupación moral atraviesa la mayor parte de las páginas, mostrando que el autor, por más que se empeñe, no hace crítica de arte y menos historia. Tal vez prosa lírica y crítica social. Casi siempre, una exposición pública de divagaciones subjetivas, a la postre, con muy limitado poder de esclarecimiento.

Pero, sobre todo, se puede confirmar que se trata de un literato confuso haciendo un inmoderado aporte al disparate general. Hunde su pluma en la tinta polifacética que suelta un oscuro objeto llamado arte, perfumando el ambiente con una exótica esencia denominada cultura, la cual parece surgir, para el autor, de un colombiano encuentro del paraguas con la máquina de coser: García Márquez aparece en medio de Matisse, Heidegger va de la mano de José Posada, Ungaretti murmura a la sombra de Fernell Franco.

Pedro Nel Gómez quería cantar una cultura nativa elevando sus mitos y temas a la altura gloriosa de un escenario griego o, en su defecto, equiparándola al nivel de un muro renacentista. Por así decirlo, buscó hacer de la Madremonte una Palas



Atenea. Sintiendo al propio tiempo el Masaccio americano, trabajó para asegurarse a sí mismo y a esa cultura un lugar entre los inmortales del Olimpo. Acaso Darío Ruiz cultiva un pretexto y un complejo equivalentes. Para reivindicar la obra de un artesano o de un artista, no pone de presente sus leyes internas de formación y la manera de insertarse en un contexto. Más bien, acude incansable a la alusión de un paradigma foráneo cualquiera, dictado por la inspiración del momento. Goethe para el color, Van Gogh para el atormentado, Vladimir Propp para el camión de escalera, etcétera.

Lo que pasa por ser poética o resultado de unos profundos vasos comunicantes, de pronto parece más bien un llano desorden mental. Las señales de erudición tal vez se agitan como gestos pretenciosos. Al final, la preconizada crítica de arte resulta un tejido de palabras que cumplen con asegurar un poder ejercido y gozado, que despeja bien el acceso a "la dulce frivolidad de los cocteles" (pág. 5) y a la "fina elegancia de ciertas mujeres que renuevan con su presencia nuestro agotado repertorio de imágenes galantes" (*ibíd.*).

Circunstancia menor, pero curiosa: no en vano el libro ha sido lanzado en Medellín tres veces en menos de un semestre: en el museo que lo patrocina, en una librería y en una galería de moda.

SANTIAGO LONDOÑO V.

Apenas una Anunciación

Vida y obra de Carlos Correa

Libe de Zulategi

Museo de Antioquia, Medellín, 1988, 208 págs., ilustrado

Al mismo tiempo que el Museo de Antioquia, por enésima vez en su centenaria existencia, anuncia el cierre inminente de las salas por dificul-

tades económicas, lanza al mercado nuevos libros de buena factura editorial, hasta se diría que lujosos frente a su expuesta condición de indigente. Pero pronto el lector atento descubre que se trata, apenas, de un modesto lujo material.

No hay mejor motivo que la pobreza para que una institución se excuse ante la sociedad que la creó y le asignó funciones vitales para la preservación de su patrimonio cultural. Por eso no hay que considerar anómalo que el museo publique algunos libros casi por primera vez en un siglo de vida, a pesar de sus exiguos recursos. Exiguos, no sólo por el hecho cierto de que la sociedad lo abandonó a su suerte, sino, sobre todo, porque el museo, por el contrario, abandonó a la sociedad que le dio vida y a la cultura antioqueña que debería preservar y nutrir. Las directivas se separaron de los estamentos vivos y se dedicaron a proteger una dirección inepta e ineficaz amparada a la sombra gorda de Botero. Los políticos, de quienes depende la subsistencia de muchas entidades públicas, tampoco le tienen interés al museo, tal vez porque los cuadros no ponen votos, ni los puestos potenciales, por su número reducido, tampoco.

El segundo libro de la serie Vida y Obra está dedicado a Carlos Correa. Pintor, grabador, ceramista, activista político e incansable autocrítico, Correa nació en Medellín en 1912, lo cual lo hace contemporáneo de Débora Arango, con quien configuró la avanzada de la pintura colombiana en los cuarenta. De joven, Correa empezó estudiando música, arte que luego cambió por el dibujo, siguiendo el consejo de un profesor. A la vez abandonó la música para ganarse la vida retocando negativos en un taller de fotografía.

Tiempo después reanudó su interés por la pintura, estudió con Pedro Nel Gómez, y más adelante, hacia 1933, empezó a pintar por su cuenta. Desde entonces realizó diversas exposiciones con muy poca fortuna económica. Destruyó en 1938 las obras de su período "socialista", presentó

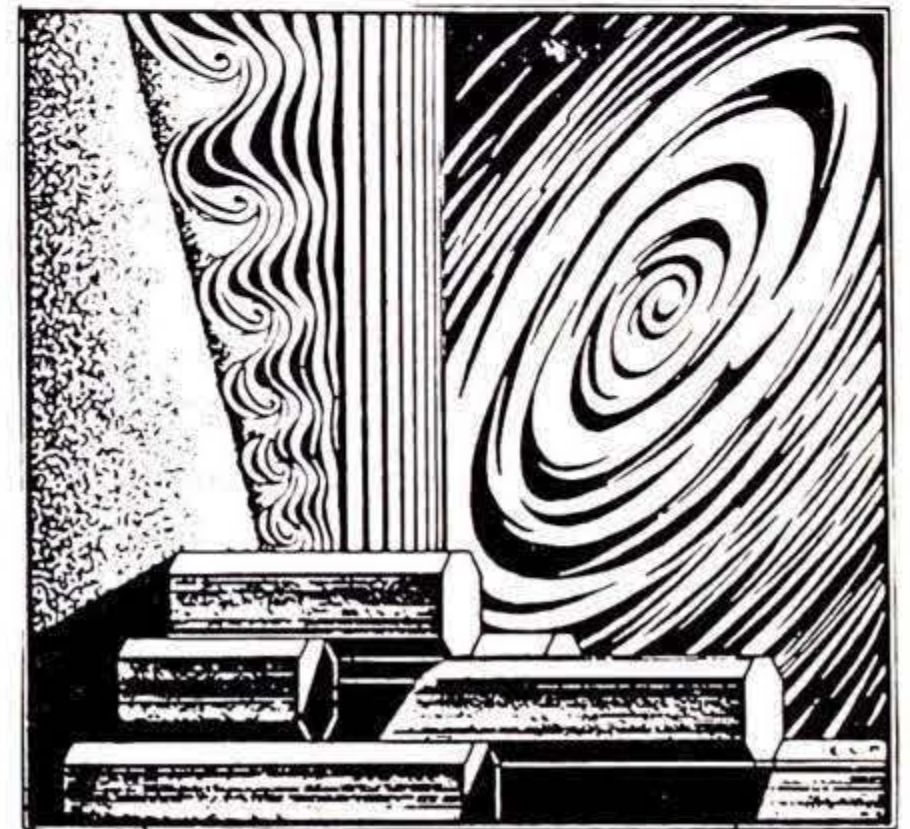
una *Anunciación* desnuda y en estado de gravidez al Salón Nacional, causando un gran escándalo que la prensa liberal y conservadora propagó según sus intereses ideológicos, al punto que puede considerarse este cuadro como el más polémico en la historia del arte colombiano. Posteriormente trabajó temas indigenistas, vinculándose al movimiento Bachué. En 1949 se radicó en Cali, realizó dos series de grabados en los años cincuenta y continuó participando en algunas exposiciones hasta cuando regresó a Medellín, ciudad donde falleció en 1984.

El libro que ofrece el Museo de Antioquia es en realidad —apenas— un catálogo incompleto y casi arbitrario, que recopila artículos y una amplia selección desordenada de noticias, comentarios de prensa y entrevistas. La obra se cierra con una transcripción de la cronología de Correa, tomada fielmente del diccionario de Carmen Ortega Ricaurte.

Se evidencia que la autora optó por la vía más fácil para hacer este libro, evitando el trabajo que se anuncia en el título y en la presentación, quedando una promesa incumplida. Juntó materiales de aquí y de allá, escribió unas pocas e incompletas páginas, pasó por alto una obra fundamental para cualquier trabajo sobre Correa, como es el libro de Juan Friede, y no investigó ni los escritos de Correa ni otros que sobre éste se escribieron en la época. Es decir, el lector tiene entre manos, otra vez, una parte de la materia prima, mal cocinada en el calor de los afanes que da la urgencia de las letras de molde.

La compilación se abre, infaltable, con un artículo de Darío Ruiz Gómez, "Carlos Correa: el arte como itinerario de vida", donde en tres páginas y media, ya conocidas, el autor se lanza, como de costumbre en sus textos de diverso género, a una especulación ilustrada y lírica. De ella puede salvarse el hecho de que es el único texto donde se hace una breve referencia a los grabados de Correa, que, a pesar de su importancia, no merecieron ninguna consideración especial, distinta de unas reproducciones mal referenciadas al final.

A continuación se encuentra un fragmento de Germán Rubiano Caballero, entresacado de un artículo suyo más amplio, escrito para la *Historia del arte colombiano* de Salvat. De una simpleza atroz, no se entiende para qué se reproduce, siendo fácil el acceso a él en la citada *Historia*, y porque en realidad no agrega nada, restándole espacio a un posible texto de mayor aporte e interés, que el lector se queda esperando en vano hasta el final.



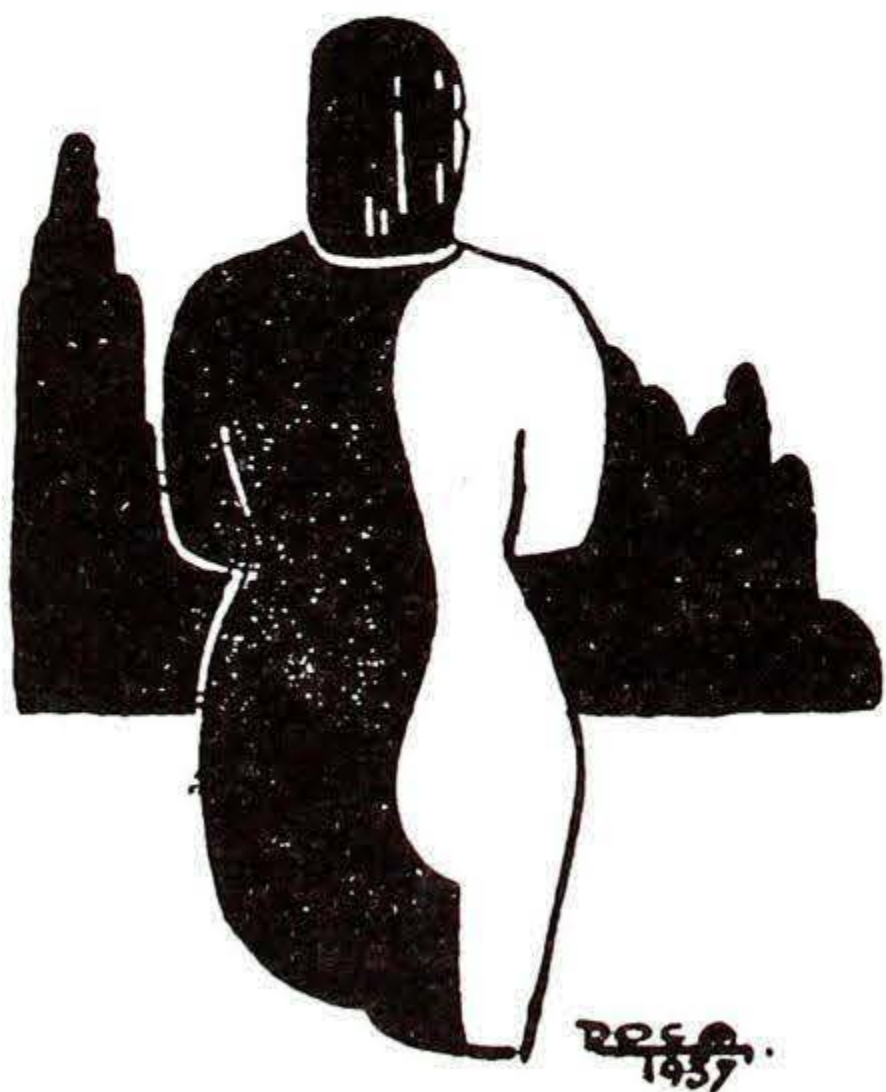
En el artículo "Carlos Correa, una influencia rebelde", la autora vuelve a lugares comunes sobre Correa, cita de nuevo a Rubiano, cita las noticias de prensa que integran el resto del libro, recuerda un par de episodios sueltos, menciona de pasada que Correa escribió un librito llamado *La carta al papa*, no sabemos ni en qué año ni de qué trata, y, rápidamente y saliendo mal del paso, le da cabida, por fortuna, a un artículo serio, bien documentado y bien escrito, pero incompleto, porque Walter Engel lo elaboró cuando apenas Correa tenía treinta años y todavía le restaban más de cuarenta de actividad artística.

Por su claridad conceptual y su estructura histórica, el artículo de Engel es un magnífico ejemplo de cómo se debió hacer este libro sobre Correa. Sin desestimar los hechos, la cronología y la biografía, ofrece simultáneamente una visión sobre la obra del artista, revela los fundamentos de lo que podríamos llamar su "estética", considera sus conflictos personales internos y analiza los elementos compositivos y plásticos que informaban hasta el momento la produc-

ción del artista. Muestra por éste un gran respeto y admiración, todo ello acompañado por una lúcida conciencia crítica y un afán divulgativo.

Como ya se mencionó, las demás páginas albergan diversas noticias de prensa y algunas entrevistas verdaderamente interesantes. La mitad de estas páginas están destinadas a presentar una documentación que el mismo Correa recogió y prologó, sobre la polémica que causó su *Anunciación*, el polémico cuadro que pintara en una pensión de Bogotá con dinero prestado por Juan Friede en 1941. Allí se pueden seguir bien las discusiones morales, políticas y estéticas a que dio lugar. La documentación es de gran interés para el investigador, y de menor para el lector común; desafortunadamente, no está fechada en forma adecuada ni ordenada cronológicamente, al igual que sucede con los restantes comentarios de prensa incluidos más adelante, varios de los cuales son prescindibles por insulsos o repetitivos.

Aunque no es el libro que se anuncia, se trata de un catálogo que de ninguna manera es desdeñable. Pero que roba, quién sabe por cuánto tiempo, la posibilidad de publicar el libro que la obra y la personalidad de Correa merecen. Si la selección de los textos analíticos es pobre hasta el límite de lo intolerable, por las razones anotadas, la recopilación de artículos de prensa mantiene a flote la nave, así sea al lector a quien le toque procesar como pueda este crudo cargamento.



La publicación prematura que hace el Museo de Antioquia, es apenas un punto de partida para una investigación que queda pendiente, agregándose así, aun después de muerto, un eslabón más a la larga cadena de contrariedades que le tocó en suerte a este combativo e inquebrantable pintor.

SANTIAGO LONDOÑO V.

Una descuidada recopilación de la recopilación

Vida y obra de Carlos Correa

Libe de Zulategi

Ediciones Museo de Antioquia, Medellín, 1988, 208 págs.

Dos libros se han editado sobre Carlos Correa, pintor, acuarelista, grabador y caricaturista antioqueño. El primero en 1945, con texto del notable investigador Juan Friede, y el segundo, motivo de esta reseña, 43 años después. La distancia entre las dos publicaciones habla claramente del tratamiento desigual que se les ha dado a las artes plásticas en el país. Al contrario de lo que sucede con este género de libros, ninguno de los dos ha sido dedicado al ego del artista. Los libros sobre Carlos Correa han sido modestos, y recogen parcialmente la obra de un artista original, que tuvo el valor, como ninguno en Colombia, de destruir su obra, de jugar al anarquista como señal de protesta contra el establecimiento. Sin embargo, las dos publicaciones son abismalmente diferentes: mientras la de 1945 es un estudio profundo y extenso, con diagramación cuidadosa, la del Museo de Antioquia consta de una serie de artículos cortos sin análisis —que anteceden la “Viacrucis de una anunciación” y las notas de prensa—, amarrados descuidadamente con unas fotografías de su obra.

Este libro forma parte de una colección iniciada en 1987 por el Museo de Antioquia, con una publicación dedicada al escultor Marco Tobón Mejía. El título propuesto a la serie de Artistas Antioqueños es el de Vida y Obra; en el tomo dedicado a Tobón, al menos está la vida. Cuando se habla de colección y de serie, se hace presente el concepto de diseño: la diagramación que conlleva al formato, la tipografía, la distribución de las fotos y los textos, pensados como algo que se va a prolongar en el tiempo. Todo ello está ausente en esta colección. No se puede decir que sea anticuada, porque la prueba se encuentra en las notables series monográficas de Espiral de la década de 1940, a las cuales pertenece la obra anteriormente aludida. El libro de Correa —número 2 de la serie— heredó el mal concepto que cobija a la colección. La intención de estas publicaciones es, según se lee en el prólogo, “el rescate de los valores antioqueños” que a falta de “una información sistematizada” sirva para establecer “un canal de información” a través de esta serie de publicaciones que “son de todos nosotros: *de los colombianos* y, muy especialmente, *de los antioqueños*”.

Los dos artículos realizados especialmente para el libro no añaden gran cosa a los conocidos escritos sobre el pintor; en uno de ellos, la introducción, “Carlos Correa: el arte como itinerario de vida”, el crítico Darío Ruiz Gómez se pierde en divagaciones negativas y comillas que hacen resaltar innecesariamente sus ironías. El lector se queda a la expectativa, queriendo encontrar a continuación, desarrolladas en profundidad, tesis como la del expresionismo y la relación con el medio circundante en Carlos Correa pero que no pasan de ser una simple enunciación. La autora del libro presenta un estudio de cinco páginas titulado “Carlos Correa, una influencia rebelde” —título inexplicable—, en el que intenta abordar el problema del azaroso destino del talento colombiano, que ha salido a flote en la actualidad en exposiciones retrospectivas como las de Alberto Arango e Ignacio Gómez Jaramillo. “Volvamos cua-